

EL INCESTO

NORBERTO RABINOVICH

Retomo en este trabajo la interrogación acerca del incesto en la conceptualización psicoanalítica, abierta con dos trabajos presentados por Jorge Reitter y Raul Yafar el año pasado en una mesa redonda de Lacantera freudiana.

A la luz de la enseñanza de Lacan, la cuestión del incesto y particularmente del goce incestuoso, suscita un sinnúmero de problemas teóricos en relación al planteo freudiano, que a mi juicio, aún distan de estar suficientemente esclarecidos en nuestro ámbito. A fin de profundizar la discusión planteada, parto de la siguiente pregunta: ¿la llamada “tendencia incestuosa” es del orden del deseo o del de la pulsión?

El deseo y la pulsión.

Las distinciones entre la estructura del deseo y de la pulsión han sido extensamente desarrolladas por Lacan. Freud, en cambio, no aclara bien la diferencia entre ellas y oscila en su manera de nombrar la tendencia incestuosa. Habla indistintamente de deseo sexual cuyo objeto es incestuoso y del objeto incestuoso de la pulsión sexual. La expresión “libido incestuosa”, muchas veces, unifica ambas categorías –deseo y pulsión- y encubre una diferencia conceptual esencial, sobre la que girará el presente trabajo.

Al elaborar la categoría de deseo, Lacan destacó que en el ser hablante el deseo se estructura como deseo del Otro. Siendo la madre quien ocupa en el inicio el lugar del Otro, el deseo incestuoso del sujeto, no podría ser sino la consecuencia de la alienación de su deseo al deseo de la madre. El falo, figura allí como la pieza lógica del acoplamiento incestuoso, pues la madre desea al hijo en calidad de subrogado del falo, y el niño hace de ese objeto del deseo del Otro, el objeto de su propio deseo. No desea poseerlo, sino ser el falo que desea la madre.

No podemos calificar como sexual, en sentido estricto, al deseo del sujeto en esta etapa inicial, ya que no ha subjetivado aún la diferencia de los sexos. El deseo incestuoso en el sujeto, es en principio narcisista, aunque

ya inscripto bajo la égida de Eros, cuya función universal es la reunión de dos partes separadas en una unidad.

De este breve resumen del primer tiempo del edipo elaborado por Lacan, se deduce que no existe ninguna oposición entre el deseo incestuoso y el narcisismo, por el contrario, la estructura narcisista del sujeto depende para constituirse que el niño pueda ser tomado como objeto sexual por la madre. ¿Y la pulsión?

En sus primeros seminarios Lacan no desarrolló la estructura de la pulsión como lo hizo con la del deseo. Tardó unos años más en adentrarse en la cuestión. Sin embargo, desde que articuló el deseo como deseo del Otro, ya tenía despejada la categoría de pulsión como una tendencia cuya satisfacción estaba **más allá** de cualquier satisfacción imaginaria del deseo. Ese “más allá del deseo”, es una evocación de *Más allá del Principio del Placer*. Lacan entendió que la pulsión es pulsión de muerte y nunca trasladó la fórmula del deseo a la pulsión: la pulsión no es la pulsión del Otro. Ella no responde a la tendencia unificante del Eros, sino a la repetición de lo real, articulada a la destrucción de las ligaduras libidinales, al corte o pérdida de las unidades imaginarias, particularmente de la célula originaria fálico-narcisista.

Por consiguiente, en la perspectiva de Lacan resulta incompatible identificar el goce de la pulsión con el goce incestuoso. Por el contrario, Freud, incluso después del año 20, siguió postulando la raíz incestuosa del goce pulsional, referido a la pulsión sexual y enfrentada desde el origen de la vida, a la pulsión de muerte.

En un pasaje de uno de sus trabajos postreros, Freud retomó de esta manera su clásica articulación entre incesto y pulsión:

“...el niño lleva a cabo muy tempranamente una carga de objeto que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el seno materno.”ⁱ

No da lugar a dudas que Freud, al mencionar al pecho como primer objeto, está reconociéndole estatuto de objeto parcial de la pulsión, en este caso, oral. El pecho sería entonces, el primer objeto “incestuoso” de la **Sexualtrieb**. El deseo del niño por la madre, deduce Freud, está en continuidad con orientación de la pulsión, precisamente porque el pecho es una parte del cuerpo de la madre. No es en torno al pecho sino a otro

objeto parcial, el falo, que Lacan asienta la estructuración del deseo incestuoso. No es un detalle sin importancia.

Freud emplea la fórmula de la metonimia para fundar la relación entre el pecho y la madre. La parte vale por el todo. Las diferencias que Lacan tiene con Freud en este punto, reposan en una serie de consideraciones capitales:

a) la primera está basada en que, inicialmente, el pecho es tomado por el lactante como una extensión de sí mismo y no de la madre. El pecho no representa a la madre sino una parte del sujeto. En este sentido, el primer objeto parcial de la pulsión oral, no podría ser definido como incestuoso, sino, en todo caso, autoerótico.

b) la segunda diferencia, se refiere a la función simbólica del objeto parcial en su generalidad. Ésta se asienta en la lógica del “No Todo”. Lacan plantea que los objetos parciales de la pulsión, no simbolizan el conjunto del que son una parte escindida, sino que representan aquello que, en el conjunto, cierra una falta. El objeto parcial no es un representante del objeto total, sino de lo que le falta. Así por ejemplo, el dinero, funcionando como objeto parcial, no es un sustituto del indigente, sino de lo que a él le falta. Podemos incluso deducir que es indigente porque perdió su dinero, pero lo cierto es que nadie que desee dinero va a dirigir su libido a un indigente. Puede, en cambio, capturar su deseo, el del indigente, identificándose a su objeto parcial, por ejemplo, adornándose con joyas.

c) La tercera consideración, se refiere al estatuto original de la falta en cuestión, o sea, del “objeto profundamente perdido”. Todos y cada uno de los objetos parciales tienen una referencia común: son representantes de **das Ding**, el agujero real en la superficie topológica del sujeto. Un agujero no tiene ningún atributo distintivo, pero se define en función de la superficie para la cual se especifica como No-Todo. Así, en la primera relación entre la madre y el niño, es preciso distinguir la carencia en ser de la madre de la carencia en el sujeto. Dos faltan que se articulan y que nos permiten distinguir en la primera relación del sujeto al Otro, la función inicial del falo y del pecho. El pecho, lejos de representar a la madre o a la carencia materna, es un semblante del agujero real en el ser del sujeto. En cambio, el falo, está presente como el representante de la carencia en el

Otro. La identificación narcisista del sujeto (niño=falo) pivotea sobre el objeto que simboliza la falta en la madre.

Lacan define a la Cosa,- el “a” en su terminología- como el referente central del goce en el sujeto; se especifica como goce faltante y se traduce como perdido. En tanto tal, determina la orientación general de toda búsqueda de goce como intentos de recuperación, de reencuentro del goce ausente. La meta final de toda búsqueda de goce es alcanzar **das Ding**.

El “a”, no es un objeto parcial, es de lo real, imposible de ser representado. Los objetos parciales, “objetos a” en la nomenclatura lacaniana, tienen consistencia imaginaria que les permite funcionar como semblantes, señuelos de la Cosa irrepresentable.

“Desde el momento en que se sabe, que algo de lo real llega al saber, hay algo perdido –el “a”- y el modo más certero de abordar ese algo perdido es concebirlo como un pedazo de cuerpo.”ⁱⁱ

Un pedacito de papel arrancado de la hoja, sirve para simbolizar el agujero que quedó en la superficie, pero el papelito separado no es el agujero. **Das Ding** tiene la estructura de un agujero real en la superficie topológica del sujeto.

Una de las desviaciones mayores del pensamiento analítico, consistió en identificar **das Ding**, el “objeto” de goce supremo del sujeto, con la madre, el Otro primordial. Es una consecuencia lógica de la equivalencia pecho-madre planteada por Freud. Por el contrario, el goce absoluto, **das Ding** es lo que el Otro no es, radicalmente excluido del campo del Otro. El campo central del goce, está en las antípodas de ser el lugar del goce unificante, sexual e incestuoso.

El pecho, ¿objeto parcial de la pulsión u objeto de deseo?

Cuando Lacan hace la lista de las pulsiones, sólo menciona cuatro: oral, anal, escópica e invocante. Plantea que no hay una pulsión fálica, ni genital. Ello no le quita al falo su estatuto de objeto parcial, pero Lacan lo definió insistentemente como objeto central del deseo sexual y no como

objeto de la pulsión. Paralelamente, nombró al pecho como el objeto parcial de la pulsión oral, pero a veces también lo designó como objeto del deseo oral. Sucede que el mismo objeto es soporte de dos modalidades de recuperación del goce opuestas, la pulsional y la sexual.

El pecho tiene la función representar en la escena de la realidad, entretejido de imaginario y simbólico, lo que está más allá, al objeto profundamente perdido. La Cosa de goce no es deseada por la sencilla razón que es ignorada por el deseante. Es la causa insabida del deseo. El pecho le da cuerpo (imaginariamente simbólico) al goce perdido. En este registro, el pecho mantiene su función sexual. La posesión y ejercicio del dominio sobre el pecho, apunta hacia una satisfacción subjetiva ligada al Eros. Pero, la satisfacción obtenida en la búsqueda unificante, cuya meta es reconquistar el “todo” y eliminar la falta, nunca coincide con la satisfacción esperada; deja un resto afuera: **das Ding**. Este movimiento de búsqueda dirigido al objeto sexual del deseo, es indistinguible de una fase del circuito pulsional. Por ello, el objeto parcial puede ser definido como “objeto-meta” del deseo sexual o como “objeto señuelo” de la pulsión de muerte. El deseo, como tal, es imposible de ser satisfecho. No así la pulsión. Ésta alcanza su meta, más allá del objeto señuelo. ¿Dónde? En el encuentro con lo real, la Cosa de goce.

*“El problema del goce, en tanto éste se presenta como hundido **en un campo central de inaccesibilidad**, de oscuridad, de opacidad, en un campo cercado por una barrera que hace difícil su acceso, tal vez imposible, en la medida que el **goce se presenta no pura y simplemente como la satisfacción de una necesidad sino como satisfacción de una pulsión...**”ⁱⁱⁱ*

Lacan explicó que la pulsión se dirige al objeto parcial, pero esa es solo una mitad de su circuito. Lo contornea, lo abandona y sigue su ruta en dirección al “a”. Lo que encuentra finalmente, no es un objeto cualquiera sino la zona erógena correspondiente (la boca para la pulsión oral). En el terreno de la satisfacción subjetiva anudada a la pulsión, el valor de la zona erógena está dado por ser borde de un agujero. Es el agujero real, llamada fuente de la pulsión, que aquí hace las veces de **das Ding**. El agujero en la superficie de la imagen especular está en posición de equivalencia con otro agujero, circunscripto en la superficie topológica del sujeto, donde se localiza el “a”. Este “encuentro” del sujeto con **das Ding**, mas allá de los límites de lo posible, determina el cuño del goce de la pulsión: *una realización de lo imposible*.

En cuanto a la pulsión oral, el pecho es soporte de la inmisión de dos circuitos: el de la pulsión y el del deseo. La doble función estriba en la alternancia “presencia-ausencia”: por estar presente en la escena imaginaria como algo ligado al cuerpo, pero que puede separarse del cuerpo, el pecho sostiene su función simbólica como objeto sexual del deseo. Pero en el instante de su pérdida, de su desaparición, abre las compuertas a la satisfacción pulsional.

El temor a la pérdida del “objeto a”, ya sea que el sujeto está libidinalmente ligado a él, ya sea que esté identificado con el “objeto a” del Otro, constituye el fundamento lógico y estructural de la angustia de castración. Para que la pulsión alcance el goce que le concierne, es condición que esa pérdida se produzca. Por ello la pulsión no le conviene al narcisismo.

Freud advirtió el carácter traumático de la satisfacción pulsional, pero la supuso sexual e incestuosa. Precisamente por ello, necesitó plantear que a partir de la prohibición del incesto, el padre se convertía en la fuente de donde emanaba el peligro de castración: si hay satisfacción de la pulsión, hay castración como castigo. La fórmula de Lacan, sostiene en cambio, que la pulsión es *trou-matique* por estructura, y el peligro de castración, la posibilidad de una pérdida narcisista, viene de adentro del sujeto, quiero decir, viene de lo real, de ***lo que no cesa de repetir la castración***.

La pérdida del objeto a y el fading del sujeto.

En el primer tiempo de la estructura edípica, las identificaciones del sujeto componen una compleja tabla de doble entrada. Se identifica a su imagen especular en tanto objeto parcial del deseo del Otro y al mismo tiempo sostiene otro tipo de identificación con el pecho, en tanto su propio objeto parcial. Siguiendo la estructura lógica del juego del **Fort Da**, el sujeto opera con su preciada posesión bien “dentro” de la escena, pero el mismo objeto le sirve para alcanzar otra satisfacción, haciéndolo desaparecer. Este desvanecimiento del objeto parcial pone en juego, al mismo tiempo, y de manera simbólica, la pérdida de su propio ser como objeto parcial. En última instancia, el resorte del goce de la pulsión, está

en la realización del *fading del sujeto*. Por ello, la pulsión es de muerte y constituye un recurso del sujeto para “decir No” a su deseo de falo donde está sujetado a la demanda del Otro.

ⁱ S Freud. El yo y el ello. Biblioteca Nueva. Trad. Lopez Ballesteros. Tomo VII. Pag. 2742

ⁱⁱ Jacques Lacan. La angustia. Seminario X (1962-1963). Traducción: Irene Agoff y Evaristo Ramos. – Inédito– Clase Nro 10 (30-01-1963).

ⁱⁱⁱ Jacques Lacan. La ética del psicoanálisis. Seminario VII (1959-1960). Buenos Aires: Paidós; 1988. Clase Nro 7 (13-01-1960).